

Titulo original: *L'Amour*

# MARGUERITE DURAS EL AMOR

Primera edición, mayo 1990  
Primera reimpresión en México, 1991  
Tercera reimpresión en México, 1992

Traducción de Enrique Sordo

© Editions Gallimard, 1971  
© de la traducción: Enrique Sordo, 1990

EDICIÓN MEXICANA DE  
TUSQUETS EDITORES, S.A.  
PRODUCIDA Y DISTRIBUIDA  
POR EDITORIAL PATRIA, S.A. DE C.V.  
Renacimiento 180, Col. San Juan Tilihuaca  
C.P. 02400, Azcapotzalco, México D.F.  
Teléfono 561-9299

Diseño de la colección: Guillemot-Navares  
Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S.A. - Iradier, 24, bajos - 08017 Barcelona

ISBN: 84-7223-164-X

Impreso en México / Printed in Mexico

TUSQUETS  
EDITORS

Un hombre.

Está de pie, mira: la playa, la mar. La mar está baja, apacible, la estación es indefinida, el tiempo, lento.

El hombre se encuentra en un camino de tablas colocado sobre la arena.

Va vestido con ropas oscuras. Puede distinguirse su rostro.

Sus ojos son claros.

No se mueve. Mira.

La mar, la playa, hay charcos, superficies aisladas de agua tranquila.

Entre el hombre que mira y la mar, siguiendo la orilla de la mar, lejos, alguien camina. Otro hombre. Va vestido con ropas oscuras. A esta distancia su rostro es indistinto. Camina, va, viene, va, vuelve, su recorrido es bastante largo, siempre igual.

En alguna parte de la playa, a la derecha del que mira, un movimiento luminoso: un charco se vacía, una fuente, un río, unos ríos,

sin punto de reposo, alimentan el abismo de sal.

A la izquierda, una mujer con los ojos cerrados. Sentada.

El hombre que camina no mira, nada, nada que no sea la arena que tiene ante él. Su caminar es incésante, regular, lejano.

El triángulo se cierra con la mujer de los ojos cerrados. Está recostada en un muro que delimita la playa hacia su final, hacia la ciudad.

El hombre que mira se encuentra entre esa mujer y el hombre que camina por la orilla de la mar.

Debido al hombre que camina, constantemente, con una lentitud regular, el triángulo se deforma, se reforma, sin romperse nunca.

Ese hombre tiene el paso regular de un prisionero.

El día declina.

La mar, el cielo, ocupan el espacio. A lo lejos, la mar ya está oxidada por la luz oscura, al igual que el cielo.

Tres, son tres en la luz oscura, en la red de lentitud.

El hombre sigue caminando, va, viene, frente a la mar, al cielo, pero el hombre que mira se ha movido.

El deslizamiento regular del triángulo sobre sí mismo acaba:

El hombre se mueve.

Comienza a caminar.

Alguien camina, cerca.

El hombre que miraba pasa entre la mujer de los ojos cerrados y el hombre lejano, el que va y viene, prisionero. Se oye el martilleo de su paso sobre el camino de tablas de la orilla de la mar. Este paso es irregular, inseguro.

El triángulo se deshace, se suprime. Acaba de deshacerse: en efecto, el hombre pasa, se le ve, se le oye.

Se oye: el paso se espacia. El hombre debe de mirar a la mujer de los ojos cerrados situada en su camino.

Sí. El paso se detiene. El la mira.

El hombre que camina por la orilla de la mar, y solamente él, mantiene su movimiento inicial. Sigue caminando con su paso infinito de prisionero.

La mujer es mirada.

Tiene las piernas extendidas. Está en la luz oscura, empotrada en el muro. Ojos cerrados.

No nota que la miran. No sabe que es mirada.

Se mantiene frente a la mar. Rostro blanco. Manos medio enterradas en la arena, inmóviles como el cuerpo. Fuerza detenida, desplazada hacia la ausencia. Detenida en su movimiento de fuga. La ignoran, se ignoran.

El paso se reanuda.

Irregular, inseguro, se reanuda.

Se detiene de nuevo.

Se reanuda de nuevo.

El hombre que miraba ha pasado ya. Su paso se oye cada vez menos. Se le ve, va hacia un malecón que está tan alejado de la mujer como ella lo está del caminante de la playa. Más allá del malecón, otra ciudad, mucho más allá, inaccesible, otra ciudad, azul, que comienza a motearse de luces eléctricas. Después de otras ciudades, otra más: la misma.

El hombre llega al malecón. No lo ha rebasado.

Se detiene. Luego, a su vez, se sienta.

Está sentado sobre la arena, frente a la mar. Deja de mirar algo, la playa, la mar, al hombre que camina, a la mujer de los ojos cerrados.

Durante un instante nadie mira, nadie es visto:

Ni el prisionero loco que sigue caminando por la orilla de la mar, ni la mujer de los ojos cerrados, ni el hombre sentado.

Durante un instante nadie oye, nadie escucha.

Y luego se oye un grito:

el hombre que miraba cierra los ojos a su vez bajo el impulso de una tentativa que lo empuja, lo levanta, levanta su rostro hacia el cielo, su rostro se descompone y el hombre grita.

Un grito. Han gritado hacia el malecón.

El grito ha sido proferido y se le ha oído en el espacio entero, ocupado o vacío. Ha alcanzado la luz oscura, la lentitud. Sigue batiendo el paso del hombre que camina, él no se ha detenido, no ha aminorado su marcha,

pero ella, ella ha levantado ligeramente su brazo con un gesto infantil, se ha cubierto con él los ojos, y ha permanecido así algunos segundos,

y él, el prisionero, ha visto ese gesto: ha vuelto la cabeza en dirección a la mujer.

El brazo ha caído de nuevo. La historia comienza. Ha comenzado antes del caminar por la orilla de la mar, antes del grito, del gesto, del movimiento de la mar, del movimiento de la luz. Pero ahora se hace visible. Se ha implantado ya sobre la arena, sobre la mar. El hombre que miraba regresa.

Se oye de nuevo su paso, se le ve, regresa del malecón. Su paso es lento. Su mirada está extraviada.

A medida que se acerca al camino de tablas, aumenta el ruido, gritos, gritos de hombre. Son las gaviotas de la mar. Están ahí, estaban ahí, alrededor del hombre que camina. He aquí que ahora se oye de nuevo el paso del hombre que miraba.

Pasa por delante de la mujer. Entra en el campo de su presencia. Se detiene. La mira. Llamaremos a este hombre el viajero —si por casualidad ello es necesario— a causa de la lentitud de su paso, a causa del extravío de sus ojos.

Ella abre los ojos. Ella le ve, ella le mira. El se acerca a ella. Se detiene. Llega hasta su lado.

El pregunta:

—¿Qué hace usted ahí? Se va a hacer de noche.

Ella responde muy claramente:

—Miro.

Ella señala ante ella, la mar, la playa, la ciudad azul, la blanca capital tras la playa, la totalidad.

El se vuelve: el hombre que camina por la orilla de la mar ha desaparecido.

El da un paso más, se apoya en el muro.

El está allí, a su lado.

La luz cambia ahora de intensidad, está cambiando.

Blanquea, cambia, cambia. El dice:

—La luz cambia.

Ella se vuelve apenas hacia él, ella habla. Su voz es clara, de una dulzura monótona que puede asustar.

—Ha oído usted que han gritado.

Su tono no exige respuesta. El responde.

—Lo he oído.

Ella se vuelve hacia la mar.

—Ha llegado usted esta mañana.

—Así es.

El perfil de las palabras es muy claro. Ella señala a su alrededor, el espacio, y explica:

—Esto es S. Thala, hasta el río,

Ella se calla.

La luz continúa cambiando.

El levanta la cabeza, mira lo que ella acaba de mostrar: ve que, por el fondo de S. Thala, hacia el sur, el hombre que camina regresa, avanza en medio de las gaviotas, llega.

La progresión de su marcha es regular. Como el cambio de la luz.

Accidente.

Todavía la luz: es la luz. Cambia; después, de pronto, ya no cambia. Crece, ilumina, y luego permanece así, iluminante, igual. El viajero dice:

—La luz.

Ella mira.

El hombre que camina llega hasta el punto de su recorrido donde poco antes se había detenido. Se detiene. Se vuelve, ve, mira él también, espera, mira de nuevo, parte otra vez, viene.

El viene.

No se oye ya su paso.

Llega. Se detiene frente al que se apoya en el muro, el viajero. Sus ojos son azules, de una transparencia sorprendente. La ausencia de su mirada es absoluta. Habla con una voz fuerte, señala a su alrededor, todo. Dice:

—¿Qué está pasando?

Agrega:

—La luz se ha detenido.

El tono expresa una violenta esperanza.

Luz detenida, iluminante. Miran la luz detenida alrededor de ellos, iluminante. El viajero habla el primero:

—Esto va a seguir su curso.

—¿Usted cree?

—Lo creo.

Ella se calla.

El se acerca al viajero apoyado en el muro. La mirada azul es de una fijeza devoradora.

Señala con la mano, señala lo que hay detrás del muro.

—¿Vive usted allí, en ese hotel?

—Sí, así es —y añade—: llegué esta mañana.

Ella calla, continúa mirando la luz detenida. El aparta sus ojos del viajero, descubre de nuevo la detención de la luz.

—Algo va a ocurrir, esto no es posible.

Silencio: con la luz, también se ha detenido el ruido, el ruido de la mar.

La mirada azul vuelve, se posa con insistencia en el viajero.

—No es la primera vez que viene usted a

S. Thala.

El viajero trata de responder, abre la boca varias veces para responder.

—Es decir... —Se detiene.

Su voz no tiene eco. La inmovilidad del aire iguala a la de la luz.

El continúa tratando de responder.

Los otros no esperan respuesta.

En la imposibilidad de responder, el viajero levanta la mano y señala a su alrededor, el espacio. Una vez hecho este gesto, consiguie ir adelante en la respuesta.

—Es decir... —Se detiene—. Me acuerdo..., eso es..., me acuerdo...

Se detiene.

La voz de timbre luminoso asciende hasta él, le da la réplica, su claridad es deslumbrante.

—¿De qué?

Un impulso incontrolable, orgánico, de una fuerza muy grande, le priva de voz. Responde sin voz:

—De todo, del conjunto.

El ha respondido:

el movimiento de la luz se reanuda, el ruido de la mar recomienza, la mirada azul del hombre que camina se aparta.

El hombre que camina muestra a su alrededor la totalidad, la mar, la playa, la ciudad azul, la blanca capital, dice:

—Esto es S. Thala, hasta el río.

Su movimiento se detiene. Después, su movimiento se repite, muestra de nuevo, pero con más precisión, según parece, la totalidad, la mar, la playa, la ciudad azul, la blanca, des-

pués también otras, otras más: la misma, él añade:

—Después del río también es S. Thala.

Se va.

Ella se levanta, le sigue. Sus primeros pasos son titubeantes, muy lentos. Luego se regularizan.

Ella camina. Ella le sigue.

Se alejan.

Al parecer, rodean S. Thala, no penetran en su espesor.

Se hace de noche.

Noche.

La playa, la mar están en la noche.

Un perro pasa, va hacia el malecón.

Nadie anda por el camino de tablas, pero en los bancos que están a lo largo de él, hay alguno algunos habitantes se han sentado. Demasiado cansan. Están silenciosos. Están separados los unos de los otros. No se hablan.

El viajero pasa. Camina lentamente, va en la misma dirección que ha tomado el perro.

Se detiene. Vuelve atrás. Se diría que pasea. Se aleja de nuevo.

Ya no se ve su rostro.

La mar está llana. No hay viento.

El viajero pasa de nuevo. El perro no vuel-

ve a pasar. Parece que la marea comienza a subir. Se oye cómo se aproxima. Un choque sordo llega de las desembocaduras. El cielo está muy oscuro.

Noche todavía.

El viajero se ha sentado frente a una ventana abierta en una habitación. Se encuentra aprisionado en un volumen de luz eléctrica. No se ve lo que hay más allá de la ventana de ese lado del hotel.

Fuera, la noche.

Lo que se oye no es la mar. La habitación no da a la mar. Es un roer incesante, muy sordo, de una extensión ilimitada.

El hombre coge un papel, escribe: «S. Thala, S. Thala, S. Thala».

Se detiene. Parece que duda entre las palabras escritas.

Sigue escribiendo. Lentamente, con seguridad, escribe: «S. Thala, 14 de septiembre».

Subraya la primera palabra. Después, sigue escribiendo:

«No vengas, ya no vale la pena».

Aleja de él la carta, se levanta.

Da unos pasos por la habitación.

Se echa sobre la cama.

Es el viajero, el hombre del hotel.

Está echado sobre la cama bajo el mismo volumen de luz eléctrica, se vuelve hacia el lado de la pared, ya no se ve su rostro.

A lo lejos, en el espesor de la roedura, en la materia negra, cruzan unas sirenas de coches de policía.

Después ya sólo se oye el roer en la mar. teria negra.

Día.

El hombre va de nuevo a la orilla de la mar.

Ella está allí de nuevo, contra el muro.

La luz es intensa. Ella está completamente inmóvil, sus labios están apretados. Está pálida.

En la playa hay cierta vida.

Al aproximarse el viajero, ella no hace signo alguno.

El va hacia el muro, se sienta al lado de ella. Mira lo que ella, al parecer, trata de no ver: la mar, el movimiento nauseabundo del oleaje, las gaviotas de la mar que gritan y devoran el cuerpo de la arena, la sangre. Ella dice lentamente:

—Espero un hijo, tengo ganas de vomitar.

—No mire, mire hacia mí.

Ella se vuelve hacia él.